

Mi dulce compañía

Lucía Isabel Zamora Rivera

INSTANTES

He escuchado muchas historias del 19 de septiembre, casi podría resumir todas en una palabra: apocalipsis. La ciudad cubierta por una nube gris al son de ambulancias y bomberos. Gente gritando, sangrando, corriendo. Olor a gas y pánico, mucho pánico. La memoria se sacudió antes que el propio cuerpo: otra vez no, otra vez no, clamaban miles de voces al unísono.

Salí sin zapatos, pensé en mis hijos, no pude comunicarme, no pudimos salir del edificio, hubiéramos hecho bien el simulacro, hasta en esta zona se sintió, me fui caminando, los vidrios se rompieron, salimos a las calles, recé, saqué video, no había señal, historias miles... Las primeras reacciones, ciertamente comunes, pero únicas, me describen un movimiento interminable y visible en diferentes ángulos: las calles se levantaban, los cables de luz se estiraban, los carros se mecían. De un lado a otro, era fácil observar grandes edificaciones en movimiento constante mientras la gente salía a mares de las oficinas o casas, reacciones todas torpes por esa maldita memoria ya despierta.

Yo viví el otro lado de la catástrofe, adentro de un edificio. Se colapsó en instantes, en quince segundos... dicen que el sismo duró un promedio de tres minutos.

13:14:40

Sentí aquel movimiento intempestivo y confuso, no asocié ninguna memoria, pero la adrenalina me levantó en instantes de mi

silla con celular en mano. Mi apocalipsis sucedió en la oscuridad, la única imagen que recuerdo es el techo desplomarse sobre mí luego de una constante y brusca oscilación que poco me permitió reaccionar. Las ventanas se cimbraron, caminé entre obstáculos y deteniéndome de cuanto encontraba a mi paso hasta que me invadió la penumbra total; lo demás me tocó intuirlo por el tacto y el oído. El pánico de las calles yo lo viví ahí adentro, con aquellos que no pudimos salir, gritar o correr. “Esto no puede estar pasando”, pensé.

13:14:56

Sentí mi respiración cortada, una fuerte opresión en el pecho. No era únicamente el polvo que me cubría entera y que penetraba velozmente en mi garganta, era una sensación nueva para mi cuerpo y para mi alma: vacío total pintado de gris.

La textura de mi piel había cambiado, era rugosa, pegajosa, seca, tiesa. Me recorrí completa para intentar hacerme una imagen de mi cuerpo, y cuando pude alumbrar con la luz del celular, noté que todo perdía su color, el rosa ya no era rosa, ni el negro, negro, y el café de mi cabello y mi piel se ocultaban enteros. También había piedras de distinto tamaño adheridas a mí. No dudé de que mis órganos estuviesen igual o peor: mi paladar, mi lengua, mi garganta, mi tráquea y mis pulmones envueltos en aquella nube, tal vez grisácea, tal vez blanquizca. Fue como si hubiera tomado una bocanada de aire frío que erróneamente se desvió. Intentaba respirar mientras la tos hacía estragos. Si esto sigue así, me voy a morir.

Qué irónico, sentir un vacío pese a estar rodeada, casi cubierta, de pesadas losas de cemento.

13:14:58

—¡Isaac, Isaac! ¿Estás bien?

Dios te salve, María, llena eres de gracia...

13:14:60

Tenía las piernas guangas y temblorosas, mi mente confusa; las manos torpes intentando usar el celular, la adrenalina invadiéndome. ¡Pum, pum, pum! Toma tu celular y pide ayuda. ¡Pum, pum, pum!, estallaba mi pecho mientras mi mente gritaba: ¡vuélvelo a intentar! ¡Pum, pum, pum! Escribe un mensaje. ¡Pum, pum, pum! “Mi hermana”, pensé.

13:15:00

La esperanza volvió cuando sentí mi celular sostenido con fuerza en mi mano izquierda, la misma con la que cubrí mi cabeza. Marqué casi instintivamente tratando aún de normalizar mi respiración. Escuchaba mi cuerpo envuelto en pánico; sin embargo, estaba determinado a sobrevivir.

13:15:10

Tener los ojos abiertos o cerrados era casi lo mismo, oscuridad total. La sensación en los ojos era extraña, me dolían, y entonces los cerraba, sentía que forzaba la vista. Nunca vi oscuridad así y la luz del celular fue la herramienta para contrarrestarla. Lo que vi, tampoco lo había visto nunca, quizás era mejor no verlo. Una

losa a centímetros de mi cara, toda clase de escombros a mi alrededor. El respaldo de una silla que sostenía parte de la losa, un hueco que se abría a un costado del techo donde logré observar un tubo; quizás eso me salvó la vida. Mis manos eran lo más libre que tenía y pude explorar aquel lugar. Tal vez podemos salir por ahí, sugería Isaac. Cada vez que veía el apocalíptico panorama era como si apareciera un nuevo elemento. Mi cuello no tenía sostén y pronto perdí el sentido de ubicación. En esa rápida exploración encontré mis lentes, ¡qué irónico! No puedo ver. Pero ahí estaban, casi intactos, como si un edificio no se acabara de desplomar sobre mí; útiles, pues, para manejar el celular. Era quizás una señal. Prender, apagar, llamar. Llamar, llamar, llamar, llamar. Prender, apagar, llamar. Llamar, llamar, llamar, llamar. Prender, apagar, llamar. Llamar, llamar, llamar, llamar.

Vi a Isaac, hombro con hombro.

13:15:13

Angelito de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día; si me desamparas, ¿qué será de mí? Ángel de mi guarda, ruega a Dios por mí. Nos tomamos de las manos, que se encontraron a tientas, rezamos una y otra vez.

CONVERSACIONES

Decidí pasar el fin de semana completo en casa de mi hermana con mi sobrino y mi cuñado. El pretexto era celebrar el 15 de septiembre para dar el grito, convivir y comer pozole. No acostumbraba quedarme a dormir; entre dos grandes perros y los ruidos de mi sobrino, nunca descanso bien. Pero acababan de llegar de un largo viaje por Perú. Los extrañé mucho. Durante sus

viajes anteriores yo me quedaba cuidando a la abuela, y esta vez, ya sin ella, sentí mucha nostalgia. Confieso que hubo un día en que sentí una opresión en el pecho y pensé: ¿qué sería de mí si algo le pasara a mi hermana? Tomamos pisco, platicamos, me dio un regalo de allá. La pasé muy bien; sentí mi corazón alegre de estar en familia.

El lunes apenas me rindió, tuve un par de citas fuera de casa. Cerré un negocio que me había tenido inquieta. Pese a que no había acudido con la frecuencia acostumbrada a yoga, me animé a ir a la clase e iniciar con el pie derecho la semana. Me paré de cabeza y de manos; son esas posturas que durante toda la clase prefiero no hacer, pero inevitablemente las ponen. La maestra suplente de la noche comenzó con ritmo suave que se fue acelerando y, a menos de la mitad de la clase, ya sugería la temida postura. Una vez que estoy de cabeza, siempre agradezco estar ahí y ver el mundo al revés, aunque sea por un momento. Disfruto pensar qué sucede en mi cuerpo, la sangre corriendo en dirección invertida por la mera astucia del cuerpo al son de la voluntad de la mente. Salí contenta, con hambre y prisa, pues aún tenía que hacer un par de llamadas.

El martes es el día que llego a casa y la encuentro como nueva, todo gracias a Mary. Aquel martes me levanté para abrirle y alistarme. Me puse mi blusa nueva rosa para combinar con aquellos mallones de flores del mismo color que apenas pude usar una sola vez. Mi hermana me los acababa de devolver diciendo en tono de burla: ahora que ya estás flaca te van a quedar, espero no los rompas como la otra vez. También me puse los tenis que me regaló a medias. Se empeñó en comprarlos por ser de Don King Kong aunque le quedaron grandes: hay que compartirlos, si me los pongo con plantilla sí me quedan. Me sentí bonita de ese color y, pese a tener que hacer un tedioso trámite en el banco, estaba de buenas.

—Buenos días, Mary, voy al banco. Te dejé lo de siempre y mis tenis blancos. Me recomendaron lavarlos con pasta de dientes para

quitar lo amarillo. No los dejes al sol, mejor cerca de la ventana o en el baño. Regreso y seguro aquí te veo.

Salí de la sucursal tras hacer el trámite engorroso que complicó de manera inesperada el día. Pasé al cajero por dinero, recordé que por la noche tenía que pagar mi curso de escritura.

Alarma sísmica...

—¿Es el simulacro verdad? Comenté con la señora de junto.

—Sí —afirmó aún con cara de desconcierto, la misma que seguramente yo puse mientras recordábamos que era 19 de septiembre. Ambas expresamos cierto alivio.

—Ya nos tienen ciscados, ¿verdad?

Caminé a mi casa entre calles cerradas y policías que organizaban a la gente que salió de sus oficinas. Los carros un poco más torpes de lo normal transitaron entre la gente o por vías accesibles.

—Ya llegué Mary. ¿No te asustaste por la alarma?

—No, señora, estaba arriba lavando la ropa y me acordé que era el simulacro.

—Qué bueno, Mary, ya no queremos más sustos.

—Le llamé el día que tembló en la noche, pero no la localicé.

—¿A poco lo sentiste por tu casa?

—Sí, estaba a punto de dormirme y sentí cómo se movía la cama. ¿Usted lo sintió?

—Sí, por suerte no estaba aquí sola. Vino mi familia de Chihuahua y estábamos cenando en la Condesa.

Vi que se me hacía tarde y aún tenía que imprimir mi proyecto de escritura que presentaría en la noche. Recordé que había cocinado brochetas de pollo con carne y lo empaqué para llevar, me preparé el café y alisté todo para irme al *coworking*. Dudé si sería mejor quedarme a trabajar en casa para no ir cargando tanta cosa. La verdad es que ya estaba todo listo. Pensé cómo aligerar la carga y decidí dejar el libro que usamos como guía en el taller. Dudé si llevar café, dudé si imprimir el proyecto, dudé si me daría tiempo de terminar el trabajo. Era un día de muchos

pendientes. Torpemente, como cuando salgo de prisa, tomé mis cosas.

–Mary, ya casi me voy, yo creo que ya no te veo, regreso tarde. En la mesa está tu dinero.

–Adiós, señora.

13:15:23

Una mujer gritaba inconsolable, quizás en estado de *shock*. ¡Mantenga la calma señora! Gritaba de nuevo, llegué a pensar si era más de una. Le dije que respirara profundamente, que era lo que yo intentaba hacer pese a que la *nube de edificio* ya se había instalado en mi sistema. Escuché suspiros y otros sonidos de al menos dos personas más que luchaban. Una respiración entrecortada me estremecía. Era un caos de gemidos de dolor.

13:15:40

Mis piernas no podían acomodarse y tampoco mi tronco, eliminé algunos obstáculos buscando la comodidad. Era difícil encontrarla en mis piernas; toqué algo que me impedía moverme. Isaac evitó decírmelo, hasta que yo misma le pregunté. Era un alma que trascendió a la eternidad, que fue apagada intempestivamente (al menos eso quise pensar). La luz era ya obsoleta, para qué ver eso, sentirlo ya era suficiente. Eso mantuvo mi cuerpo contraído por horas y perturbó mi corazón constantemente.

13:15:45

Estaba encorvada y temía seguir respirando con dificultad. Se lo dije a Isaac y me ayudó a quitar escombros de mi espalda para

poder enderezarme. Sentí alivio y hasta entonces supe que no estaba en peligro, el aire fluyó mejor. Ambos percibimos la misma sensación en la garganta y solo nos tocó esperar. Él estaba boca abajo. A tientas hicimos lo que pudimos y en ese intento logró liberar su pierna aunque perdió su zapato.

13:15:55

¿Qué habrá pasado en México? Imaginé mi casa derrumbada, el Ángel de la Independencia caído, caos por doquier. Recorrí con mi mente cada lugar de la Roma que frecuento y a cada persona que vive ahí. Temía por mi familia. Sabía que su casa no estaba en una zona de peligro, aun así, supuse que mi sobrino estaba en la escuela, Joaquín en su trabajo en Coyoacán, mi hermana en la escuela. Mi sufrimiento fue mayor cuando comprendí que cada segundo que yo pasaba ahí adentro, era un segundo de agonía para ellos. El vacío en el pecho crecía.

13:15:58

Repasé obsesivamente mi reacción tras el sismo. La torpe reacción, el miedo que sentí cuando vi las escaleras del edificio, la mujer con su computador en mano, cuando encontré a Isaac. Miles de hubieras...

13:16:00

Mi hermanita, mi hermanita. No le puedo hacer esto, tengo que salir, no puede estar viviendo esto.

Silencio profundo, ensordecedor.

ELLA

Cristina, mi hermana, es el tipo de persona que cuesta entender de primera. Yo la conozco desde hace treinta y seis años y aún tengo que preguntarle cosas que no entiendo en su forma de ser. No es de expresar sus emociones, y más bien muestra una parte dura. Fuma, fuma, fuma y quizás en igual cantidad es necia, ambos, sellos de familia. Yo le digo que cada día se parece más a mamá y no lo acepta. Hace más de quince años ella partió, pero es su vivo retrato. Entonces se enoja y resalta mis herencias Zamora y me dice que yo soy igualita a papá. Él se fue hace catorce y yo me encargo de que mi hermana tampoco lo olvide.

Desde niñas fuimos cómplices, ella muy en su papel de hermana grande y yo en el de la chica. Con una necesidad de protección a la que ella siempre respondió, aunque sin exagerar en sus emociones. Ella odiaba que nos compraran ropa igual y se enojaba, pero si llegaba a su salón de clase pidiéndole ayuda ante algún problema, lo resolvía sin pensar. A la hora de la salida volvía a su rol de niña de secundaria y se burlaba junto con su amigo Héctor de mi forma de comer el plátano. Dice que lo tomaba con ambas manos, sentada en la sombra y lo devoraba. El plátano para esa hora de la tarde ya era cafésoso y aun así te lo comías muy chistoso, recuerda entre risas.

Siempre jugamos juntas y yo atenta seguía sus instrucciones, ella era la líder. Decidía el juego, sus reglas y mi rol. Nunca fui la muñeca protagonista, ni la cantante principal; me tocaba el color amarillo en lugar del rosa; era la que contaba hasta diez mientras todos se escondían.

Ella llevaba la batuta y eso para mí era admirable, era un trabajo duro que yo no hubiera podido hacer. Si no estaba ella, no me hallaba.

Como cualquier par de hermanas, peleábamos, nos acusábamos, nos reconciliábamos. Teníamos palabra de honor para

no echarnos de cabeza; en una de las peleas más fuertes, a golpes y jaloneos, callamos pese al interrogatorio de mamá. Compartimos cuarto por mucho tiempo y, por las noches, nos secreteábamos hasta quedar dormidas. Cómplices siempre de todo aquello que no se les dice a los papás o de lo que no nos parecía de ellos. Mamá siempre dijo: “Sean buenas hermanas, solo se tienen la una a la otra”.

Ya sin mis papás las cosas cambiaron, cada una entendiendo a su manera su partida, viviendo solas y ocupándonos de nuestras vidas. Ella graduada yo en mi primer año universitario. Ella trabajando yo con una beca de orfandad (mamá era doctora).

Cuando mi mamá murió, llegué a reprocharle que no me dijera la gravedad. “Tú nunca quisiste ver la realidad”. Quizá, pero tampoco sabía detalles. La noche anterior a su muerte papá y ella la pasaron en vela cuidándola, al otro día yo tenía un desayuno de la escuela y no me dijeron nada; recibí la mala noticia antes de siquiera tomar el café. “Yo debí estar con ustedes esa noche”, le recriminé.

Camila (nuestra perra) llegó el mismo año que papá partió. Fue nuestro ángel perruno por trece años. Cuando murió *Cami*, me llamó a la cinco de la mañana y me lo dijo sin mayor preámbulo mientras lloraba desconsolada (pocas veces la escuché así). Luego me confesó: dudé si debía llamarte a esa hora, pero lo hice para que no digas que te oculto las cosas.

Nunca estuvo de acuerdo con mi noviazgo, ni con mi partida a Chihuahua y menos cuando me casé. En mi divorcio poco le faltó para decir “te lo dije”, y muy a su estilo dijo: “Yo siempre voy a estar para ti, pero busca tu propio camino”. Nos tocó tomar decisiones adultas sin serlo y eso nos trajo problemas, fue una época difícil. El paso del tiempo y la unión con mis abuelos trajeron consigo algo de normalidad de vuelta. Reordenamos cosas y aceptamos que otras quizá no serían igual.

Pero ella es mi hermanita con todo aquello que me cuesta entenderle. Ella aceptando mi libertad, yo sus formas, sus decisiones.

Nos unen más cosas, esos chistes que solo ella y yo entendemos, anécdotas, historias de los cuatro. Me dio el mejor regalo que se le puede dar a una hermana: ser tía de José Manuel.

13:17

Tomé mi celular e intenté comunicarme por otras vías. Comencé a enviar mensajes, primero a Jonathan, director de la empresa y luego a compañeros que siempre estaban en el piso uno. No tuve suerte y entonces tocó el turno de escribirle a mi hermana. Dudé bastante en qué decir, no quería alarmarla ni ser catastrófica: “¿Cómo están por el temblor?, yo bajo escombros, pero bien, creo. Espero llegue ayuda. Contesta”.

Tenía la esperanza de que el mensaje se enviara y así ella estaría tranquila al saberme bien, se iniciaría mi búsqueda a tiempo y no pasaría mucho para salir de ahí.

13:20

Repasaba con Isaac quién estaba en el tercer piso. Para mí él era quien sabía todo y quizás abusé de ello. Entonces no estaba Martha, ¿verdad? Apenas contestaba cuando insistía con otra pregunta. ¿Estás seguro? ¿Qué tan lejos queda la oficina de Jon? Es cerca, ¿no? ¿Viste si alguien logró bajar? Lo escuchaba, aunque pronto lo interrumpía diciendo: “Verás que Jonathan se mueve para encontrarnos. Quizá decía esto más para mí que para él”.

13:28

Pensé en los del piso uno, en el curso que apenas les había dado hacía unos días. ¿Habrán salido?

13:40

Me consoló pensar que si estaba ahí, era porque tal vez mi casa estaba peor. ¿Y si me quedé sin nada? Voy a estar bien, al menos por un tiempo no tendré que lidiar con una renta y complicaciones de vivir sola.

13:59

¡Ufff! ¡Mary! Recordé que estaba en casa.

14:06

Isaac, ¿crees que estemos cerca de las escaleras a las que íbamos?

14:22

¿Por qué estoy aquí? ¿Qué me trajo a pasar cada vez más tiempo en este edificio? ¿Por qué volver a una oficina cuando yo armé la mía en casa y tanto me costó? Experimenté más allá de un derrumbe físico, sentía que mi vida completa se venía abajo.

14:40

Dios, no te entiendo. ¿Por qué yo? Esto ya es el colmo, me voy a largar de México.

Conmiseración, enojo, esperanza, ánimo de vivir... todo.

14:46

Llegó esa primera luz que me hizo sentir algo mágico, un susurro, un sentimiento, no sé. Si estás viva, si pese a estar sepultada entre losas de cemento te encuentras bien, es por algo.

Sepultada, rodeada de vidrios, piedras, polvo, tubos y láminas, advertí lo poco que me quedaba y que fue suficiente: mi voz, mi voluntad, mi fe e Isaac.

UN MARTES CUALQUIERA

Llegué a la oficina y me senté donde siempre. Aunque no era una larga caminata, llegaba agitada y necesitaba unos minutos para empezar a trabajar. No estaba Martha (socia de Jonathan), pero advertí que estaban sus cosas. Ya era cada vez más común que fuera a trabajar ahí, pese a que también solía hacerlo en casa o incluso en algún café, me gustaba la idea de ver más gente y me sentía acogida por los dueños, que además eran ya mis amigos. Escuché que Isaac decía que su jefa llegaría más tarde cuando fui a la cocina a guardar mi comida. Me instalé, y café en mano inicié una larga lista de pendientes.

Era de esos días en los que haces mucho y sientes que no avanzas, aun sentía la frustración de haber iniciado tarde mis pendientes por la visita obligada al banco. Vi que Isaac entró cargando unas bolsas del mandado junto con una señora. ¿Qué me trajiste?, le pregunté bromeando. Sabía que pronto abriría el centro de trabajo al público (*coworking*) y ofrecerían algunos alimentos que ella iba a preparar. Lo vi pasar un par de veces más, cosa que no era rara, siempre estaba en todas partes.

José Manuel siempre estaba entre la recepción y la zona donde yo me sentaba, era el todólogo del *coworking*. Es de los pocos chavos que, aun estudiando, trabajan con ganas, y parte de mi labor

era trabajar con él en desarrollo de contenido. Revisamos algunos pendientes y le pedí que bajara al piso uno a pedir algunos cambios en la página web. Inquieto como siempre, vi que se levantó y regresó preguntando: ¿qué me dijiste que hiciera?

Se acercó Diana, de las pocas compañeras emprendedoras que habitaban el lugar. Cuando me levanté a saludarla, ambas notamos la diferencia de estatura, más aún por sus altos tacones, que además evidenciaron que ese día opté por andar de tenis. Bromeamos y ella siguió su camino. Subió Alex, comentamos de nuevo que Martha no estaba mientras me saludaba. Siempre le decía que ya debería estar más tiempo en el piso tres y no en el uno; él se encargaba de la operación del lugar. Siguió su camino y noté que también saludó a Diana y le dijo que se veía muy guapa. En mis adentros pensé: a mí no me lo dijo.

Alex y José Manuel hablaban de trabajo, muchas veces me paraba con ellos para revisar pendientes, pronto sería la inauguración. Se encaminaron hacia la recepción, pero decidí seguir trabajando. Los perdí de vista. Abrí el Facebook intentando no distraerme y escribí: “Alguien me puede recomendar una página para vender boletos para mi curso de *Storytelling*”. Eran las 13:13, un minuto y fracción después, me levanté intempestivamente. Mi sesión se quedó abierta evidenciando que yo seguía ahí. “Lucy, Lucy, contesta. Te estamos buscando, ¿estás bien?”

15:16

Advertí que la hora de comer ya había pasado. Me sentí resignada y preferí no escuchar el sonar de mis tripas. Sentí una especie de tranquilidad comparado con los primeros minutos.

No escucho ambulancias, me decía Isaac. ¿Qué va a pasar? ¿Vendrán por nosotros? Ahora yo tenía que dar respuestas y solo sugería vagamente que quizá ya nos estaban buscando. Al menos se escuchan helicópteros.

15:37

La aparente comodidad encontrada se convertía rápidamente en un dolor, o calambre o molestia en el cuerpo. Fueron incontables las veces que cambié de postura. Creo que a él le costó más trabajo por estar boca abajo. ¿Estás bien? Preguntábamos de vez en vez.

15:40

Inhala siete segundos, sostén, exhala en siete segundos, descansa y vuelve a empezar; siente cómo pasa el aire por todo tu cuerpo. Perdía la cuenta y volvía a empezar.

16:00

Le escribí a Joaquín, mi cuñado, en un momento de desesperación. Estoy en Álvaro Obregón 286. El edificio se cayó, estoy bajo escombros, pero sin heridas. Llevamos tres horas y no llega ayuda.

16:32

Los dedos pequeños de mi pie izquierdo estaban dormidos, sentía cómo el tenis los oprimía. Me recargaba a ratos sobre Isaac, pronto mi cuerpo notaba que no era él. Todo lo ganado en comodidad lo sacrificaba por la indescriptible sensación de saber que ella, que apenas regresaba del mercado y se disponía a trabajar, ahora yacía a mis pies sin vida.

Tú estás viva, algo grande te espera, eres fuerte, acéptalo, acéptalo.

17:00

Volvíamos a evaluar si había una salida. De alguna manera aquel hueco que parecía lejano, ya estaba más cerca de mí. Ahora cabía mi brazo completo. Para mí, era una posibilidad lejana, pero ante la duda, el silencio y el miedo de morir ahí, lo observaba de nuevo y lo exploraba con mis brazos. Tampoco se asomaba ni un rayo de luz, por más que hacía por estirarme y explorar un poco más, era imposible.

17:25

Llevaba mi pulsera de ágata rosa, invocaba el poder de la naturaleza frotándolo. Era la pulsera de hermanas, ella tenía una igual.

17:40

Tenía un dolor en mi costado derecho cada vez más insoportable, entre la contención de mi cuerpo y un metal que me estorbaba, era difícil acomodarme. Mi pantalón se atoraba y temía cortarme si hacía un fuerte movimiento; además, la cadera estaba casi inmóvil lo cual complicaba todo. Si lograba moverla podría descansar bastante de ese dolor. Con mi mano pasaba escombros de un lado a otro y a veces alumbraba para conocer mejor mis avances. Apenas me movía y descansaba cuando otro nuevo obstáculo me regresaba a la incomodidad total.

Sentí algo de mayor tamaño y lo jalé, era un pedazo de cartón bastante firme que, al retirarlo, me dio movilidad, por fin liberé la cadera. Sentí un gran alivio; Isaac rectificó que estuviera bien. Disfruté de ese espacio y lo sentí como una pequeña batalla ganada. Entendí que de eso se trataría lo que fuese que durara mi estancia ahí, de pequeños logros.

17:48

No imaginaste esto ¿verdad?, pues, bueno, ya estás aquí, sepultada. Al menos di que tienes compañía, que no estás sola como siempre argumentas estar. Aunque mírate, aislada del mundo, en una ciudad destruida de la que quizá jamás tengas certeza de qué sucedió, de cómo está tu hermana, tu familia, tu casa. Quizá ya no tengas nada y por eso no valga la pena salir.

Recuerda esas voces y suspiros, escucha ahora, nada queda ya.

A tus pies llegó la muerte, un paso más y serías tú. Si hubieras sido más astuta, no estarías aquí. Debiste irte por la escalera o, mejor aún, no debiste venir hoy. Tonta, tonta. Ya estarías en casa viendo las noticias y trabajando en tu estudio, ese en el que tanto invertiste. Estabas aquí porque dices tener amigos y porque estabas harta de trabajar tan sola, pero una vez más, nada resultó. Anda, habla con la única persona que te queda, verás si hallas consuelo.

Respira Lucy, respira. Cree en ti.

17:56

Cuando tenía veinte años le diagnosticaron cáncer a mi mamá. Pese a una larga enfermedad, no creí que fuera a morir, pensaba que si eso pasaba, me moriría también. No fue así y tuve que seguir adelante. La universidad me becó, y mi papá, mi hermana y yo buscamos empezar de nuevo. Cuando todo tomaba forma, mi papá se fue con ella.

Comencé a narrarle a Isaac la parte más fuerte de mi vida, esa que me ha costado tanto superar. Escuchaba atento y asentía sin comentar mucho. Quería que supiera un poco más de mí, compartir con él mi historia, abrir un nuevo canal de confianza tras una comunicación que solo había ocurrido en modo sobrevivencia. Tenía más tranquilidad y veía todo con un poco más de perspectiva a diferencia de él, que lo sentía ya agotado.

97

Tuve la fortuna de tener dos papás y dos mamás. Aunque mi hermana y yo vivíamos solas, mis abuelos siempre estuvieron al pendiente. Desde niñas fuimos muy cercanos a ellos y, ante la ausencia de mis papás, más aún.

Llegó la parte en la que confesé, todavía con dolor, la reciente muerte de mi abuela y de *Camila*. “Tuve que aprender a traerlos a mi presente en lugar de yo vivir en el pasado”, le narraba a mi atento escucha. Ha sido un camino difícil y constante. ¿Sabes, Isaac?, estoy segura de que ellos nos están cuidando.

18:09

Sentí de nuevo esa voz de amor; me esforzaba en sentir si era mi abuela o papá o mamá. Me concentré en tan solo sentir. Algo cambió en mí y recordé las palabras que apenas había pronunciado Isaac tras contarle mi historia: “Eres muy fuerte, amiga”.

18:18

El silencio prevalecía, al igual que la nula señal de ayuda. Pero escuchamos una voz que pedía por auxilio.

—¿Quién eres? —gritamos juntos.

—Paulina.

—¿De dónde?

—De Recursos Humanos.

Constaté con Isaac que no conocíamos a ninguna Paulina, y menos de tal departamento. Le dijimos nuestros nombres y que éramos del tercer piso.

—¿Tercer piso? ¿Seguros?

—Sí, del *coworking*.

—¿Cómo estás?

–Ya más tranquila, pero me lastimé un pie. ¿Entonces en qué piso estamos?

No entendimos muy bien la pregunta y entre gritos nos explicó.

–Soy del cuarto piso, caí.

Pipí.

HABLA CON ELLOS

¿Por qué creer que los muertos nos escuchan? ¿Por qué no? Inventé mi propio método de traerlos a mi presente fastidiada ya por mis constantes visitas al pasado, cargada siempre de añoranza, de hubieras, de reproches a un Dios que yo misma quise creer que era malo. Tergiversé la verdad en aquello que era conveniente para mí y reforzaba mi papel de víctima en la vida. Eso alivianaba temporalmente la pesada huella de la muerte en la que ellos no eran los culpables, ni el doctor, ni el destino, era Dios.

Comencé a hablar con ellos, a contarles algo de mi vida, a recordarlos con alegría y aceptación más que con enojo y negación. Ellos están en otro plano y tú puedes creer lo que tú quieras, me decía esa voz sabia que aparece de vez en vez. Quizá sean ellos o quizás una voz superior, o incluso yo misma que solo en paz logro escuchar esos mensajes. Decidí que siempre estarían conmigo.

Llegué a esta conclusión luego de terapias miles, luego de dejar de culpar al mundo, luego de aceptar que la muerte de mis papás era parte de mi historia y esa no me la podía quitar. Tomé por primera vez en muchos años las riendas de mi propia vida, de mi propia emoción, de mis pensamientos, incluso. Bastaba de codependencia de un hombre, de mi hermana o de mis abuelos, comencé a volar. Me tuve que perdonar y reconfigurar esas falsas ideas auspiciadas por el mundo, pero ejercidas por mí.

Conocer a esa nueva yo, aceptarme buena en el trabajo, verme independiente en mi vida, me llevó mi tiempo y entendí que era

un trabajo constante. Le siguió una época maravillosa de autoco-
nocimiento y de reconfigurar mis creencias y mis valores.

Conocí el camino de la libertad.

19:34

–La chica con la que hablamos, Paulina, ¿era la misma que gritaba tanto?

–No estoy seguro.

–Yo creo que sí.

–Pero cada vez se escuchan menos voces.

–Quizá ya solo estamos los tres.

20:06

¿De verdad aún piensas que podrían venir por ti? No lo quieres registrar y has apagado tu celular, pero ya es de noche. Aunque pretendas perder la noción del tiempo, sabes que está corriendo y eso te asusta. Acepta que pueden pasar días o semanas. ¿Cuánto puede durar una persona en estas condiciones? Observa, anda, observa el espacio mínimo en que estás, es como si te enterraran viva, eso que has visto en películas se puede hacer realidad; además, compartes el espacio con este hombre. Agradeces tenerlo, pero quizá no sea tan bueno, menos si pretendes sobrevivir. Tal vez dormir te ayude a olvidar, aunque nunca has sido buena para eso, y el insomnio que venías acarreado puede aparecer hoy también. Si él duerme, te quedarás completamente sola y en silencio.

21:38

Escuché ruidos más claros. Maquinaria y voces. Gritamos al unísono y la esperanza volvió a nosotros. A gritos le expliqué a Paulina lo que escuchaba y buscaba la reafirmación de ello. En corto le decía a Isaac, escucha, escucha, es como si le dieran instrucciones a alguien. Convencidos de ello, gritamos con más fuerza. Comencé a llorar como quien encuentra algo muy preciado, como cuando un deportista llega a la meta y estalla de emoción. Hermanita, hermanita, estoy bien, ya falta menos, ya nos vamos a ver. Hermanita, te quiero ver ya, estoy bien, estoy bien, ten paciencia. ¡Dios, ayúdanos! Me deshice en llanto y zozobra hasta que noté que me estaba alterando. Pensé que podía deshidratarme y que si estaba tan cerca debía calmarme, controlarme. Isaac me tranquilizó con su mano solidaria y seguimos gritando.

23:00

El ruido se alejaba paulatinamente, pero la esperanza no. Rectifiqué como estaba Paulina y seguimos con más fuerza. ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

23:16

Silencio total.

00:00

Escuché que Isaac roncaba, lo envidié.

00:56

Sugerí que debíamos estar atentos por si alguien volvía por nosotros. No tuve mucha respuesta y, en cambio, Isaac comentó que en la noche difícilmente habría gente. Recordé aquellos cuerpos de rescate llamados Topos que llegan de todo el mundo en estos acontecimientos. Asintió, pero pronto volvió a dormir.

1:48

Sentí enojo por aquella falsa alarma y quería seguir gritando, mantenerme activa, no darme por vencida. Todo lo logrado hasta el momento se diluía. Me costaba mantener los pensamientos positivos, mantener la respiración profunda, el ánimo, la convicción.

¿Por qué Dios?, ¿por qué me pasa esto a mí? Ya no te entiendo, qué es lo que tengo que hacer. No entiendo nada desde que se murió mi abuela. Apenas me recuperaba y había encontrado un lugar, hoy está desecho. No te entiendo, Dios.

3:00

Mi cuerpo ya no estaba tan contraído, pero eso no significaba en lo absoluto comodidad. Mis lentes y mi celular se convirtieron en mis objetos preciados que me dediqué a cuidar, aunque eventualmente me estorbaban. Tener puestos los lentes era ridículo, además me pesaban en el puente de la nariz. Aquel hueco con el tubo atravesado que creía era parte de mi salvación, se convirtió en la cuevita donde resguardé mis pertenencias. Colocaba mis lentes y mi celular en un lugar que fuera accesible e inmediato por si los necesitaba.

3:26

Hice un nuevo intento de hacer una llamada, quizá la red ya se habría reestablecido. Prendí el celular y su luz intensa lastimó mis ojos. Busqué a tientas mis lentes en mi cuevita y evité ver la hora, solo me centré en revisar si había señal. Intenté todas las alternativas: llamadas, mensajes, WhatsApp, número de emergencia, redes sociales.

Nada. Revisé la pila y aunque ya lo tenía en modo ahorro, reducía. Hice algunos otros intentos y terminé por desesperarme. Repetí una y otra vez el número de mi hermana para memorizarlo, era el plan B por si la pila se agotaba.

4:00

Acepta tu fortaleza, Lucy. ¡Qué más necesitas! Esto prueba tu fuerza física y mental, mira lo que has logrado. No lo niegues más, la gente no te lo dice como un cumplido, lo dice porque eso transmites y porque tu fuerza emocional tras tanta pérdida ha forjado esto que eres, una gran mujer que, incluso en esta circunstancia, saca lo mejor y sigue luchando, sigue optimista, le brinda la mano al de junto. Abrázate, ámate, reconócete.

Sentí un abrazo, sonreí.

4:39

Abrí los ojos algo alarmada, era Pau preguntando si todo seguía igual; seguramente dormité por un momento. Había visualizado el encuentro con mi hermana. Todo sucedía en un ambiente brumoso donde yo salía y nada había sido tan grave, no había otros derrumbes ni ambulancias ni marinos. Tan solo salía y mi única

103

preocupación era llamarla. Lo hacía con la naturalidad de quien habla para reportarse.

5:28

–Isaac, no he podido hacer pipí.

–Amiga, tienes que intentarlo, te puedes poner mal.

Lamenté que, pese a quitarme la pena, los intentos habían sido fallidos. Llevaba tanto tiempo aguantándome, que ahora ya no podía hacer. La postura de mi cuerpo no ayudaba, tenía que hacer un gran esfuerzo. No quería echar por la borda mis logros y que, por no hacer del baño, la situación se complicara más. Sus palabras breves me alentaron a intentarlo nuevamente.

6:00

–Isaac, ¿sí sabes que me llamo Lucy, verdad?

Sentí una ligera risa, pero no contestó.

–Es que siempre me dices amiga, y cuando salgamos de aquí no sabrás mi nombre; qué tal si nos lo preguntan los rescatistas.

–Sí, eres Lucy.

6:15

Dormité de nuevo y me noté encogida de brazos, tratando de cubrirme yo misma. No era un frío insoportable, pero sentía una corriente.

7:33

¡Claro que los extraño!, lo saben, los extraño siempre! Por años quise estar con ustedes, pero ni piensen que será ahora. Eso fue antes y mucha terapia me costó. Estoy segura que Dios tiene otros planes para mí, me lo ha dicho, lo he sentido. Mi vida aquí no termina y yo ya no los quiero ver. Tanto aprender a traerlos a mi vida ¡para qué! Para que de pronto ahora sí los vuelva a ver y deje sola a Cristina. Yo no iré, vengan ustedes y ayudenme. Abuela, ¿dónde estás? ¿Por qué no te siento?, los necesito desde hace horas y no los siento. ¡Vengan, por favor, vengan!

8:05

Mi boca estaba mucho más seca, tragar saliva era cada vez más difícil. Mis labios, aún tenían polvo y continuaba esa extraña sensación de seguir cubierta, seca. Me toqué la cara y recordé que esa mañana me había maquillado como siempre. Mis pestañas se sentían bastante firmes, mi rímel es a prueba de todo, pensé. Pero, más bien, el polvo se había asentado entre esta y cada una de mis pestañas. Sentía como una especie de lodo. No era molesto, pero creí que no era bueno dejarlo así. Me distraje un buen rato quitando aquella mezcla y disolviéndola con mis dedos hasta dejar mis pestañas como si no me hubiera maquillado.

9:06

Migraña.

HORA DE REZAR

Desde niña, mi mamá nos inculcó el catolicismo. Todos los domingos, después de varios gritos y discusiones, llegábamos a misa de dos. Mi papá lograba escaparse algunas veces. El padre era bastante moderno comparado con otros tantos que ya habíamos escuchado; mamá lo adoraba. La iglesia era pequeña y estaba al fondo de un conjunto de casas y parques, muy cerca de mi entrañable casa de San Joaquín núm. 8.

Todas las noches se escuchaba una voz que decía: “A rezar”. Juntos recitábamos una larga oración compuesta por mamá, desde el Padre Nuestro, el Ave María, hasta plegarias a los santos, a los ángeles y al niño Jesús. Nos dábamos la bendición los cuatro y nos mandaban a dormir.

En mi adolescencia fui misionera y pertencí a un grupo de oración y acción social. La parte de las misiones no agradaba del todo a papá, decía que yo no debía hacer eso y era peligroso para su niña, mientras que mi mamá recordó que en su juventud ella lo hizo más de una vez. No era fácil conseguir el permiso, pero papá tuvo que ceder. El año que mamá enfermó, me fui en Semana Santa y fue algo duro, muy retador y espiritualmente difícil. No estaba grave y ella misma me alentó a irme. Fue hasta noviembre de ese año cuando recayó. Murió un 6 de diciembre. Mi relación con Dios comenzó a debilitarse, comencé a dudar, a hacerme preguntas y a culparlo. Yo te regalé una semana de mi vida cuando pude estar más con mamá, le reproché más de una vez.

Mi abuela quizás era más creyente que mi mamá, más tradicional también. Siempre admiré su fe inquebrantable. Conocía a todos los santos, recitaba el rosario completo y siempre tenía pequeños libros de oración. Cada Navidad arrullábamos al niño antes de la media noche y guiaba una pequeña ceremonia. Ella me pedía reflexionar sobre mi postura hacia Dios, me insistía en volver a la iglesia y a rezar.

Me tocó deshacerme de tanto enojo, reconstruir mi fe y no solo quedarme con lo que me inculcaron. Me adentré en el mundo de los ángeles y me di cuenta de que no estaba alejado de lo que ya practicaba. Estudié más a profundidad el tema y me pareció fascinante, me conectó de nuevo. Me acerqué también a la meditación y al budismo gracias al yoga. Todo comenzó a tener sentido y comprendí que todo ser se resumía en un par de palabras: amor y compasión.

Creé mi propia concepción de Dios y entendí que la palabra *religión* es una etiqueta más; mi creencia es en mí y en aquellas dos mágicas palabras.

9:55

Ya había interrogado a Isaac sobre su vida y con curiosidad indagaba más detalles. Platícame otra cosa, me estoy aburriendo. Hablamos de aquello que teníamos en común, que era el lugar de trabajo y el dueño de la empresa. Me contó cómo llegó ahí y le conté por qué lo hice yo. Recordamos algunos eventos en la oficina, como cuando llegaba la hora de comer y él decía: “El gordo tiene hambre”. Martha, con su peculiar acento colombiano, decía: “Gordo eso es peligroso, ya váyase pues a comer”.

10:23

Dios, Dios, Dios. No entiendo tu lenguaje. He descubierto tantas cosas aquí, pero aún me cuesta entender esta dura prueba. No aguanto más, quiero ver a mi hermana. Ayúdame, por favor. Mira, cuando salga, voy a dejar el azúcar. Inmediatamente noté lo banal de mi promesa y, además, no es mi estilo. Pero sentí que me escuchaba, sentí paz y seguí hablando. Dios, cuando salga

107

de aquí, dime claramente qué quieres de mí, y digo claramente, porque en realidad batallo para entender tus señales. Dame una respuesta, Señor, y yo te responderé como tú me guíes.

Solté, confié.

11:19

Ruido, mucho ruido. Movilización. Voces muy lejanas, pero constantemente máquinas. Era de pronto ensordecedor, pero prefería aquello que el silencio profundo de las horas anteriores. ¿Estarán cerca? ¿Vendrán por nosotros? ¿Y si se van de nuevo?

12:06

Pasamos más de una hora gritando cada vez que había oportunidad. Cuando la máquina de aquel sonido escalofriante se detenía, comenzaban los gritos de auxilio.

12:46

¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!
¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

13:14

Tampoco tengo una voluntad de hierro, y el pasar de las horas era de alguna forma notable. Tomé el celular y registré que se habían cumplido las 24 horas. Respiré profundo y me concentré en lo bueno que era seguir escuchando máquinas. Es una buena señal, me repetía.

14:10

Noté que la cabeza ya no me dolía, me asombré. Sirvieron los ejercicios de respiración y tuve más fuerza para seguir gritando.

14:29

La voz daba de sí, el cansancio, lo oscuro hartaba, el cuerpo estorbaba. Isaac sugirió hacer ruido con lo que encontráramos a nuestro alrededor. Paulina tenía cerca una maceta, yo un tubo y él un pedazo de metal. Me pasó una gran piedra y golpeamos con toda nuestra fuerza.

15:16

¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!
¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

15:36

Perdíamos fuerza como equipo. Orquesté nuestras súplicas diciendo a Isaac y a Paulina que sería mejor gritar juntos, sumamos nuestras voces. Empezaba yo y me seguían. Isaac comenzaba con el ruido y lo seguíamos también. Pau daba ánimos y volvíamos a empezar.

15:59

Silencio total.

16:04

Noté que estaba mojada, la vejiga había cedido ante tanto esfuerzo. Aun así, sentía un dolor y ganas de seguir haciendo. Ahora sí me sentía débil y en pocos minutos sentí mi cabeza estallar. La profunda oscuridad se comenzó a pintar de lucecillas amarillas y blancas, como manchas que veía con los ojos abiertos y cerrados. Me comencé a desesperar y temí desmayarme. Lloré de nuevo. Recé en silencio, ya sin saliva ya sin fuerza.

16:30

Afuera, los puños en alto se levantaban. Álvaro Obregón se pintaba de silencio para escuchar cualquier murmullo. Héroe anónimo lograban acallar a una ciudad vibrante de solidaridad; a tumultos de voluntarios, familias, jóvenes, niños, extranjeros, con tan solo eso, el puño firme en las alturas de un edificio colapsado. El silencio que llegué a detestar, era la esperanza de afuera por escuchar vida adentro. Era la certeza de un rescate más. Puños en alto. La confianza de cientos de familias se avivaba. La ilusión de tres jóvenes valientes, renacía. Puños en alto. La ausencia de ruido nos permitió escuchar esa voz: “¿Quién está ahí? ¿Cómo se llaman?...” La ausencia de ruido permitió que nuestras voces ahogadas, agotadas, desesperadas se escucharan. “Somos tres: Paulina Gómez, Isaac Ayala, Lucía Zamora”. Puños en alto. Iniciaremos las labores de rescate, tengan paciencia.

16:45

¡Gracias, Dios!, gritamos emocionados. Ya falta menos, nos animábamos unos a otros. “Lo sabía”, repetía mientras agarraba a Isaac del brazo para celebrar. Lo logramos.

16:50

Sentí un dejo de triunfo, como si estuviera a punto de llegar a la meta después de una carrera extenuante; una especie de recompensa o premio que esperas por mucho tiempo. Sentí que estaba más cerca de mi hermana, al tiempo que las voces de afuera se acercaban cada vez más. No entendía lo que decían, pero sentía tranquilidad. ¡No más silencio desolador!

17:35

El ruido de las máquinas se tornó ensordecedor. El cuerpo de rescate nos indicó que gritáramos fuerte si sentíamos estas demasiado cerca. Comencé a sentir miedo.

18:24

Nos dijeron que primero intentarían llegar a Paulina. Trabajaron por un periodo largo con ese objetivo. Notamos que el ruido se alejaba y nos tocaba imaginar lo que estaban haciendo para nuestro rescate.

19:00

No cantes victoria, ¿cómo crees que vas a salir de aquí? Pueden tardar días en lograrlo. Cualquier movimiento en falso y mueres. Tienes toneladas de cemento a tu alrededor, ¿cómo se supone que vayan a llegar a ti? Además, recuerda que son tres y parece que tú no eres la primera. Seguramente tu hermana ya perdió la esperanza, te creen muerta.

19:30

Por fin llegaron a Paulina, dialogaban mucho entre ellos y no era fácil entender. Hablaban de la postura de su cuerpo, de lo que había a su alrededor, de si ella alcanzaba a ver la luz. Iban y venían.

19:31

“Está lloviendo”, escuché a lo lejos.

19:32

–Pónganse en posición fetal y cúbranse la cabeza, vamos a meter maquinaria de nuevo.

Mis manos comenzaron a sudar y mi corazón a palpar. El dolor de cabeza se manifestó de nuevo y me sentía con menos fuerza. Isaac me dijo que tomara aquel cartón que tanto me costó quitar de mi costado para cubrirme. Fue de gran ayuda.

–Cúbrete tú, amiga, yo estoy bien.

19:43

Mi rebeldía contra el reloj crecía, no quería confirmar el paso de los minutos, todo seguía igual menos mi tranquilidad. Recordec mis momentos de impaciencia, y que quizás esta era la prueba de fuego. ¿Cuánto más, cuánto más? Me costó tranquilizar a Isaac que perdía las esperanzas y gritaba que fueran por nosotros también. El cuerpo de rescate estaba concentrado en la zona de Paulina y era cada vez más difícil entender qué pasaba.

20:00

–Paulina, saldremos del edificio por un momento. Ten paciencia.

–Diles que no se vayan –supliqué a Paulina. Fue demasiado tarde, ya no estaban. Silencio total.

20:10

¿Ves? No es tan fácil, incluso tal vez sea imposible y no vuelvan.

20:15

Inútilmente, Isaac gritaba cada vez más desesperado y enojado. Yo trataba de no escucharlo. Estaba harta y fastidiada de mantenerme fuerte y esperanzada. El dolor del cuerpo se acentuó. Ya no soportaba tener la cabeza sobre piedras o recargada en un tubo, no encontraba sostén.

20:18

–Tuvieron que desalojarnos, hubo una amenaza de réplica.

20:22

Me estremecí. ¡Qué tipo de broma es esta, no lo puedo creer! Entre rezos que se diluían de mi boca por ya no tener fuerza, llamaba de nuevo a mi hermana. Lloré de desesperación porque parecía que en vez de acercarme a la meta me alejaba. Porque todo seguía igual. Porque temí otra réplica, morir lentamente, que se

fueran de nuevo, quedar herida. Porque los de afuera iban y venían y la única indicación era tener paciencia. Porque Isaac la había perdido ya. Porque el ruido era insoportable, pero el silencio también. Porque ni mi cuerpo ni mi mente resistían ya. La voluntad débil, el cuerpo incómodo la esperanza escasa.

20:30

Tomaban fotos del interior aún descifrando cómo sacar a Paulina. Las evaluaban, volvían y daban algunas indicaciones, pero sin avances. Los tres seguíamos adentro. Tuvo que entrar un doctor para revisar el pie de ella y que no se dañara más cuando la sacaran. Gritó de dolor, aunque intentaban tranquilizarla.

20:40

A manera de cadena, iban pasando la voz pidiendo una herramienta. El grito iniciaba en el interior y se iba alejando. Lograba entender que dicha herramienta pasaba de mano en mano en ambas direcciones. Conectaron una de ellas con un ruido bastante molesto.

—Corto circuito, desconecten.

Solo falta que esto se incendie.

21:25

—Te tenemos, Pau, resiste un poco más, resiste.

Ella gritó de nuevo por aquel dolor de su pie mientras el rescatista le decía que ya faltaba menos.

—Es mejor sacarte con tu pie lastimado que no sacarte.

Se vivió el primer gran momento de celebración.

–Bien hecho, bien hecho, Pau, eres una guerrera.

21:30

–Isaac, Lucía, seguimos con ustedes.

Nos tomamos de la mano, rezamos de nuevo y celebramos también. Nos indicaron que meterían de nuevo las máquinas, que lo harían con cuidado. Tuve que taparme los oídos y soltarlo de la mano. Traté de no pensar y abstraerme, sentir mi cuerpo y solo escuchar mi interior, eso que pasa cuando te tapas con mucha fuerza los oídos. Vibraba toda.

21:35

–Vamos a lanzar una pequeña piedra, estén atentos, pues necesito que me digan qué tan cerca la escuchan.

Casi interrumpiendo, Isaac dijo que la escuchó muy cerca, empezó a moverse como intentado salir. Lo tranquilizaron sin mucho éxito.

–Yo los ayudo, ya estoy moviendo escombros.

–Mantén la calma y no te muevas. Estamos muy cerca.

21:43

–¿Ven la luz?

Yo no podía voltear, pero Isaac la vio muy cerca y lo celebró.

–Amiga, no te voy a dejar sola, tú sales primero.

–Calma, Isaac, no te preocupes, esperemos sus indicaciones.

21:45

–Isaac, Lucía, yo saqué a su compañera Paulina, pero estoy muy cansado. Comenzaré a sacar escombros, pero si es necesario seré relevado.

Más tardó en decirlo, cuando pude ver la luz de su lámpara muy cerca. Escuchaba cómo aquella cadena humana ahora transportaba cubetas de cemento, vidrios y piedras.

21:48

Los escuchaba cada vez más cerca. Su plática era de ánimo y triunfo, por momento olvidé dónde estaba.

–Lucía, tienes una sonrisa muy linda, encontramos tu identificación.

Recordé que no es mi mejor fotografía y nos reímos.

21:55

Isaac movía su cuerpo hacia adelante mientras el rescatista le daba instrucciones. Había mucho vidrio, pero era el único camino. Me indicaron que cuando saliera él, yo tendría que ponerme boca abajo y hacer lo mismo.

–¿Crees que pueda?

–Uy, amiga, claro. Yo estoy gordo, y si yo quepo, tú lo lograrás con más facilidad, ya estamos afuera.

Nos pasaron una botella de agua. Como el tiempo, el espacio, el momento y la emoción, Isaac y yo, la compartimos. Luego del primer trago, dije: “Gracias, Dios”.

BIENVENIDA

Me arrastré con toda la fuerza que pude hasta que tomé la mano de un ángel con casco y arnés. “Estoy despeinada”, le contesté cuando me preguntó por mi estado mientras me jalaba con fuerza. Estás muy bien, Lucía, eres una guerrera, ya estás afuera, ya estás afuera. Me ayudó a impulsarme por el primer tramo que habían cavado, era una especie de L. Mientras él me impulsaba de las piernas, yo intentaba alcanzar la mano de su compañero; con el corazón agitado me acerqué hasta que me tomó y, de un jalón, pasé al segundo boquete, la parte superior del profundo agujero que hicieron para nuestro rescate. Vi la luz en lo alto, se asomaban muchas caras que, con ansia, me esperaban y me animaban. Lo logré, ahora sí, lo logré. Me pusieron un arnés y, entre gritos e indicaciones, hacían movimientos para sacarme. Tranquila, Lucía, ya estás afuera. Tuve que escalar mientras me jalaban, volví a decir que estaba despeinada; dijeron que me veía muy bien. Gracias por ayudarme, que Dios los bendiga. Bienvenida, Lucía, corearon.

Caminé confusa, había mucha luz, mucha gente. Bebí más agua, di mi nombre no sé cuántas veces, me cubrieron. Hice miles de preguntas: “¿Se cayó todo el edificio? ¿Hubo daños en el Estado de México? ¿Dónde está Isaac?”.

Salí por un edificio contiguo a Álvaro Obregón 286, aquel lugar que ya había sentido como mío y del cual no quedaba nada. Escuché mi nombre, no era la primera vez, pues se coreaba sin cesar, pero esa voz, ese grito, fue diferente, salió desde un gran corazón. Reaccioné de inmediato. Nos abrazamos con mucha fuerza. Lloré afuera por primera vez. “Tu hermana va para la Cruz Roja”, dijo mi cuñado.

SURREAL

¿Sabes cómo te llamas? ¿Sabes dónde estás? ¿Sabes lo que pasó en México? Oxígeno. Fijen su cuello. Tápenla bien. Revisen sus brazos, sus manos. ¿Qué te duele? ¡Vámonos, vámonos! Revisen niveles, presión, saturación, oxigenación. ¿Sientes el oxígeno, Lucía?

La luz de la ambulancia penetraba en mis pupilas y me lastimaba, había pasado treinta y seis horas en total penumbra. Sentía que cientos de manos intentaban cuidarme torpemente colocando raros artefactos en mi cuerpo. Pude intuir el caos vial con el andar de la ambulancia que me hacía temer de nuevo por mi integridad. Recordé que nunca había estado ahí, parecía un sueño, una película, irreal. Corroboré que me llevarían a la Cruz Roja, y supe que tendría que ser todavía más paciente para ver a mi hermana, pero me sentí ligera y confiada por aquello que tanto luché. Iba hacia aquel esperado encuentro, pero ya sin losas, ya sin demonios, ya con paz.

MI SONRISA

Dicen que eran alrededor de las diez de la noche, dicen que salí sonriendo, dicen que devolví la esperanza a muchos...

Yo les daba el crédito a los héroes anónimos que me animaban, que coreaban mi nombre y que me recibían con alegría. Pero fui aceptando el crédito de esa sonrisa cuando abrí los brazos para recibir, para merecer ese y otros tantos cumplidos; cuando observé una y otra vez la sonrisa viral y mi sonrisa en privado; cuando reconocí que aquel gesto reflejaba mis ganas de vivir. En treinta y seis horas entendí las lecciones de toda una vida y luché como nunca y lloré como nunca y mi alma vibró, también como nunca, para salir así, triunfante, sonriente, llena de luz, llena de amor, llena de vida.

Emergí de la tierra, ella me devolvió a la vida, ella me acompañó para transmutar mi dolor y para aceptar mi fuerza; en sus entrañas entendí por fin la vida. Ella orquestó a sus guerreros terrenales y celestiales para reencontrarme con los míos, para ver la luz, para sentir chispas de lluvia cayendo de un inmenso cielo azul. Nací de nuevo, mi llegada fue celebrada como quien espera nueve meses.

La oscuridad no existe, es solo ausencia de luz.

Anónimo

SIEMPRE JUNTAS

Moví cielo, mar y tierra para encontrarte, no me detuve, hice todo lo que estuvo en mis manos. Llamé a todo el mundo, te fui a buscar, llamé a todos los hospitales. ¡Ay, Lucy! Creí que no te volvería a ver. Sus manos frías y delgadas recorrían mi cuerpo y mi cara con fuerza. Me tocaba, me veía, me abrazaba. Suspiraba y sollozaba apenas con lágrimas. ¡Ay, Lucy, hermanita! ¡Ay, ay, ay!

Nos reconocíamos una a la otra luego de más de cuarenta largas horas de zozobra. No entendía por qué traía un chaleco anaranjado fosforescente y quería hacerle miles de preguntas. Mejor la abracé. Tiré el agua que apenas me habían llevado y quité el barandal de la cama. Ahí estaba mi hermana que, aunque es casi tres años mayor que yo, es muy pequeña, muy tierna, muy frágil: mi hermanita. Esa que tanto imaginé, por quien lloré, por quien temí, por quien rogué, por quien luché, por quien salí. Tampoco derramé lágrimas, pero lloraba, desde mi corazón, desde todo mi ser. De alegría, no sé, de todo, por todo. Hermanita, hermanita le decía sin parar.

Su expresión siempre dura, era solo de amor, de alivio. Ambas, aún incrédulas, platicamos de todo y nada. Como si fuera normal

contar que cargó escombros, que me gritó afuera del edificio para que yo supiera que me esperaba, que me hizo *trending topic*, que creyó que se quedaría sola. Le estremeció saber que yo estuve en total oscuridad y le enseñé mis manos llenas de golpes y rasguños. Reímos porque le dije que mi mayor herida estaba en la pompa.

Parecía que narrábamos una película, pero era nuestra vida. Cargada siempre de surrealismo, ahora caíamos en lo ridículo de la cruda y total realidad.

Me dio un pañuelo, sacó toallas húmedas, me humectó mis labios. Me tomaba de la cabeza, yo me acurrucaba.

—Pensé que te querías ir con papá y mamá, pero no quería quedarme sola. No lo hubiera soportado, pero sé que siempre has querido estar con ellos. Prendí una vela para ti, tú dices que eso funciona, era de color amarillo.

—¿Sabes qué tenis traía puestos? Los de Don King Kong. Y los aretes que me trajiste de Perú, los cuidé, y así me acordaba de ti. También nuestra pulsera de hermanas, las de ágata rosa que Joaquín nos compró. ¿Ves? Las piedras sí tienen poder, estoy aquí.

Dijimos mil cosas...

Hermana, nunca, nunca pensé en irme con papá y mamá.

Entró la enfermera, un par de doctores, me dieron más suero, revisaron las medicinas. Me llevaron la cena: gelatina, pan y un plátano.